

DE «LA TRUFFE» A «SCRIVERE»

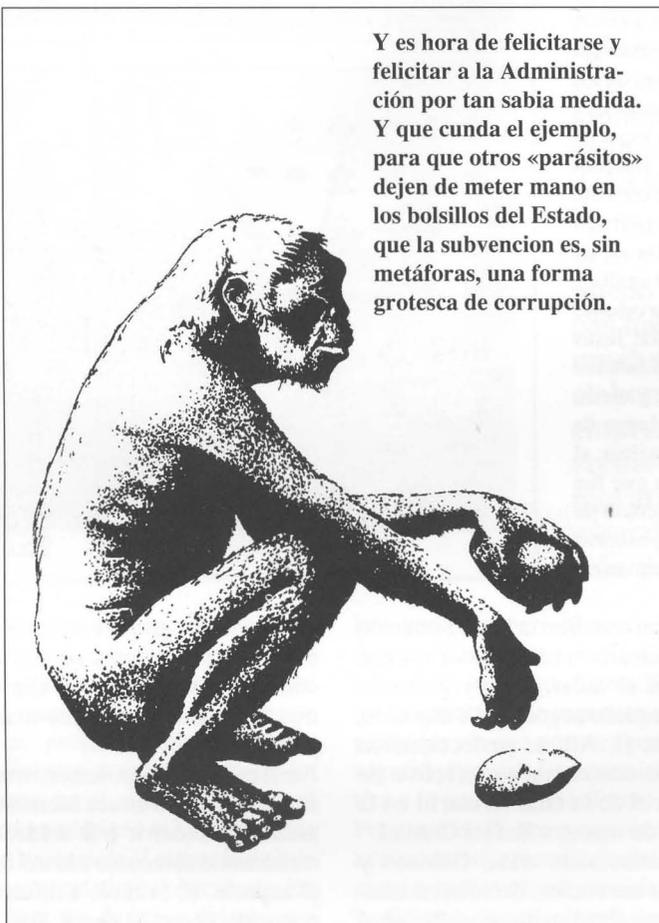
En el mes de septiembre Francia estrenaba un nuevo diario, «La Truffe», de características muy especiales: ocho páginas en color, con formato de sábana, y sin una «gota» de publicidad. Con un estilo impertinente, dispuestos a «dar caña al mono», Jean Schalit basa su proyecto periodístico en la suscripción. Según los responsables de «La Truffe», «la prensa diaria francesa ha perdido el monopolio de la información en bruto y en la mayoría de los casos, la Prensa se limita a dar versiones escritas del telediario de la noche anterior». «La Truffe» cuesta 5 francos (unas 90 pesetas) y tiene la gran ventaja de no depender de la publicidad o las subvenciones estatales, que (de)generan en despotismo e imposiciones.

En el mes de octubre, Italia estrenaba una nueva revista, «Scrivere», de características muy especiales: los autores pagan por ver publicados sus artículos al precio de tres mil pesetas el folio. La idea es de Michelangelo Coviello, un poeta que afirma sin rubor alguno que se ha «inspirado» en revista del tipo «Segunda mano»: «Cada uno es el mejor representante de su mercancía y no veo diferencia alguna entre una motocarro y un relato corto». La revista «Scrivere» tiene una tirada de cinco mil ejemplares y se distribuye gratis entre críticos, editores y agentes literarios, de forma que sea «tarjeta de presentación» de los posibles nuevos valores. Las tarifas son de dos pesetas por letra para los textos en prosa y diez pesetas por letra para la poesía.

En el mes de, en España... En España es otra cosa. En España se está más por la «gilipollez» que por la seriedad. Así, hay incluso empresas dispuestas a crear «Masters» (no del Universo) en ingeniería cultural. Y por si fuera poco, las llamadas revistas culturales «tiritan» de pavor porque «papá estado» les quita la teta de las subvenciones. Revistas de tanto «peso específico» como «El urogallo» ¿se quedan sin plumas? ¿«Lápiz» o «De libros», por citar sólo unas pocas, basaban su estrategia comercial en los dineros públicos. De

ahí vienen todos sus males, porque de los 400 millones de pesetas que la Administración graciosamente les iba a regalar, ahora sólo recibirán 200 millones. Y si son prudentes, deberían dar las gracias por la «canongía», que ya está bien de chupar del Estado, por muy revista y muy cultural que quieran ser (no a costa del erario público).

Los tres casos, el de Francia, Italia y España evidencian formas de ser, de estar y de comportarse. Mientras los franceses arriesgan y los italianos le echan imaginación, en España se llora por las pelotas (ajenas), se patalea por la subvención (producto, en algunos casos del amiguismo o clientelismo) o se rebuzna de satisfacción por el «pienso» (luego me lo llevo crudo) recibido. Y es hora de felicitar y felicitar a la Administración por tan sabia medida. Y que cunda el ejemplo, para que otros «parásitos» dejen de meter mano en los bolsillos del Estado, que la subvención es, sin metáforas, una forma grotesca de corrupción.



Y es hora de felicitar y felicitar a la Administración por tan sabia medida. Y que cunda el ejemplo, para que otros «parásitos» dejen de meter mano en los bolsillos del Estado, que la subvención es, sin metáforas, una forma grotesca de corrupción.

Es cierto que el Estado debe mantener una cierta preocupación cultural, pero jamás debe primar proyectos que no tienen la más mínima estrategia comercial. La Cultura es, efectivamente, un bien social que debe tener más fines que los sólo comerciales; pero eso no justifica la dependencia de los dineros públicos. Hoy

día hay entidades privadas dispuestas a financiar buenos proyectos culturales y nuestros sustos. Se pide, como «la orquesta de los Veinte» (iban diecinueve pidiendo y sólo uno tocando) con igual tesón que falta de talento. Se adorna el envoltorio y se vende el «paquete» que, una vez abierto, está lleno de aire. Es nuestro defecto de pedigüenños impenitentes.

Pablo Torres